

Angélica, la que se divertía escribiendo

Daniel Divinsky

Editor¹

Casi ni hace falta mencionar el apellido, el muy semítico Gorodischer de su marido desde 1948, que asumió definitivamente en reemplazo de su Arcal, de cierta prosapia.

“Angélica, cuando te nombro/me vienen a la memoria...” decía una muy difundida zamba. Y son esos recuerdos los que inundarán estas líneas. A otros les tocará elogiar su literatura, la versatilidad de su estilo, la vastedad de los temas que abordó. Lo mío será absolutamente personal por lo que, como sugería Ezra Pound, mis eventuales lectores deberían desconfiar: “Desconfiad del crítico cuando habla del poeta y no del poema” (cito de memoria esta frase incluida en su libro *El ABC de la lectura*).

Conocí a A. G. a través de Eduardo Goligorsky, un antiguo amigo en común, buen escritor de ciencia ficción, excelente traductor y autor (con diversos seudónimos) de novelas populares con temática del Lejano Oeste o policiales que aparecieron con el sello “Rastros” y similares.

(Me entero buscando información para este texto de que Goligorsky murió en Barcelona en febrero de este año por decisión propia, tras haber solicitado y obtenido la eutanasia, curiosamente cinco días después de ocurrida la muerte de Angélica).

A poco de creada mi Ediciones de la Flor, en 1969, él me propuso la publicación de una antología de cuentos argentinos de ciencia ficción, con selección y prólogo a su cargo. Se incluían relatos de Manuel Mujica Láinez, Héctor Oesterheld, Alberto Vanasco, J-J. Bajarlía, Eduardo Stilman y otros, y también “La morada del hombre”, de una por entonces poco conocida narradora porteña, afincada en Rosario: Angélica Gorodischer.

Pocos años después, luego del contacto que surgió de esa publicación, ella me envió el original de un libro de cuentos: *Bajo las jubeas en flor*, que editaríamos en 1973 y que contiene, entre muchos muy buenos, un relato memorable: “Los embriones del violeta”. No se molesten en buscar el significado de “jubeas”: es una palabra inventada por la autora y refiere a un establecimiento carcelario que lleva el curioso nombre de “Dulce recuerdo de las jubeas en flor”. El libro tuvo buena acogida crítica, pero no ventas notorias y muchos años después, ya sin la palabra “Bajo” en el título, sería reeditado por Ultramar, en Mallorca, y por Libros de la Araucaria, en la Argentina.

Ese fue el punto de partida de una larga y bella amistad (como la de Ingrid Bergman y Bogart en *Casablanca*), marcada por la publicación de otros dos libros: *Las Repúblicas* (cuatro *nouvelles*, en 1991) y la extensa y original novela *Fábula de la virgen y el bombero* (en 1993). Pero, sobre todo, nutrida por una intensa correspondencia, en la época en la que todavía se usaba enviar cartas dactilografiadas o manuscritas en soporte papel, que eran

luego depositadas en un buzón del correo. Angélica escribía largo, en papel tamaño oficio, a un solo espacio y a sus cartas se sumaban originales tarjetas de salutación para fin de año, elaboradas artesanalmente por ella con el agregado de hojas o flores de su jardín.

Estuve en Rosario para la presentación en una galería de arte de *Fábula...*, a cargo de Mempo Giardinelli. En la novela, cada capítulo tiene, además de su número, dos o tres sustantivos que lo acompañan, algo que motivó la crítica de Mempo en su charla: no entendía a qué respondían esas palabras. Lo que revelaba cierta falta de “calle” en el autor chaqueño, porque se trataba de los números a los que había que jugar a la quiniela si se soñaba con esos elementos en el discutido y tal vez apócrifo *Libro de San Cono*, el santo de la fortuna, que según la leyenda hace ganar la lotería a sus seguidores.

Aquí cabe un paréntesis que tenderá a justificar el título de este texto: frente a la usual invocación del pánico del escritor ante la página en blanco, en el caso de Angélica se daba la situación totalmente opuesta: ella disfrutaba escribiendo; lo decía y se advertía al leerla. Además, eso resultaba notorio por la frescura de sus textos, aun de los más complejos. Como diría Martín Fierro, “las coplas le van brotando como agua de manantial”.

Así se explica la cantidad de libros que escribió y publicó que, en el momento en que escribo, están en trámite de reedición por eficaz gestión de sus hijos.

En paralelo a esta creatividad desbordante, Angélica fue durante largos años secretaria en un consultorio médico, donde aprovechaba el tiempo libre para aumentar su versación en algunos temas que luego incluiría en su literatura. También fue ama de casa dedicada, amorosa madre de sus hijos, excelente cocinera (doy testimonio como invitado a algunos de sus almuerzos en la casa de la calle San Martín en Rosario, en un barrio en algún momento residencial, luego rodeado por villas de emergencia para terminar con un hotel y casino de lujo instalado en la zona) y cuidadosa jardinera. Todo lo cual no la privaba de asistir a sus reuniones semanales con amigas a las que familiarmente llamaba “las brujas”.

Me regaló libros para algunos de mis cumpleaños (recuerdo especialmente *Kwaidan. Cuentos fantásticos del Japón*, de Lafcadio Hearn, que me permitió leer a un autor fascinante a quien conocía solo de nombre), pero no puedo recordar qué le regalé cuando celebró, espléndida, sus 80 años con una fiesta para muchos amigos en los aristocráticos salones del Jockey Club de Rosario.

Tenía un sentido del humor incomparable, que se manifestaba en la vida cotidiana y también en algunos de sus libros, como *Jugo de mango* (la crónica del secuestro de un avión que lleva a la protagonista-narradora a una playa del Caribe) o *Floreros de alabastro, alfombras de Bokhara*.

Ya es un lugar común señalar que su obra fue muy apreciada por Ursula K. Le Guin, que también tradujo al inglés *Kalpa imperial*.

En 2020, se reeditó *Tumba de jaguares* en la Serie de los Dos Siglos de Eudeba, una colección de clásicos de la literatura y el pensamiento argentinos que la editorial lanzó con motivo del Bicentenario de la Revolución de Mayo. “La excepcional novela barroca (originalmente editada en 2005) despliega tres *nouvelles* como aguas de un mismo río narrativo: *Variables ocultas*, en la que un escritor, Bruno Seguer, se enfrenta a la dificultad de relatar el secuestro y desaparición de su hija en la década del 70, escrita por María Celina Igarzábal. Como muñecas rusas, María Celina es la protagonista de *La incertidumbre*, de Evelynne Harrington, quien a su vez es la protagonista de *Contar desde cero*, de Bruno

Seguer. ‘Las tres novelas tematizan la desaparición de una persona y la imposibilidad de recuperar el cuerpo, cada uno a la manera de su ficcional autor’, plantea Martín Felipe Castagnet en el prólogo de esta nueva edición”. (Silvina Frieria, en el diario *Página 12*). Es decir que lo político y la realidad nacional también han estado presentes en su literatura.

Durante varios años publicó interesantes columnas semanales sobre muy diversos temas en el diario *Perfil*: aparecían los sábados. En cada una de ellas imponía su peculiar método de abordaje y ese humor ya mencionado. Su estado de salud se deterioró tras la muerte de su inseparable compañero, Sujer Gorodischer, ingeniero, que había sido profesor de Matemáticas de Roberto Fontanarrosa en la escuela secundaria a la que asistía. Mucho después, el destacadísimo escritor y humorista rosarino contaba que Gorodischer (“el Goro”, para casi todos) le había aconsejado dejar esos estudios, que no eran para él. Como evocaba el Negro, “se trataba de una lucha desigual, los números son tantos y yo era uno solo”.

A partir de ese momento se discontinuó nuestro intercambio habitual de correspondencia, que ya tenía lugar a través del correo electrónico, aunque, por consejo de sus hijos, seguí escribiéndole. La noticia de su muerte me afectó tanto como si hubiera sido la de un familiar cercano.

Me honraría que en futuros curriculumms míos, apareciera que fui editor de varios de sus libros.

Nota

¹ Buenos Aires, Argentina, 1942. Fundador de Ediciones de la Flor en 1966 y su director editorial hasta septiembre de 2015. Junto a las obras de Quino, Fontanarrosa, Rodolfo Walsh, John Berger y otros, publicó originalmente los siguientes títulos de Angélica Gorodischer: *Bajo las jubeas en flor* (cuentos); *Fábula de la virgen y el bombero* (novela) y *Las Repúblicas* (*nouvelles*).